

La casa maldita

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Mónica Cahué



Capítulo 1

Si uno se deja llevar por el título, la casa estaba maldita. Se trataba de un antiguo caserón construido quién sabe cuándo a orillas de un camino que con el tiempo se fue cubriendo de malezas, ya que nadie se animaba a transitar por allí.

Hacía mucho que la gente evitaba pasar por sus inmediaciones y quienes recordaban la vieja edificación —parroquianos del almacén, viejas exageradas, gente gustosa de agrandar cuanto oían— hablaban de extraños movimientos de siluetas en el segundo piso, puertas que golpeaban estrepitosamente y chillidos abominables, inhumanos, que aun a la distancia ponían carne de gallina y aterrorizaban al testigo ocasional.

Se decía que allí continuaba «viviendo» la siniestra familia Vanderruil, que había morado en la casa hacía más de sesenta años. No faltaba quien asegurara haber visto al menor de los Vanderruil, el jorobado Victorious, caminando en compañía de su feroz mastín, el perro desaparecido el día que enterraron a su dueño. Había también un vecino que juraba haber visto al viejo Vanderruil azotando a su esquelético caballo en las cercanías de la casa maldita y hasta decía haber escuchado las estridentes carcajadas del anciano, las mismas siniestras risotadas que los más antiguos del pueblo —juraban— le habían escuchado alguna vez.

Así comenzaba el relato.

Después, al escritor se le ocurrió hacer que un niño de once años fuera una noche a investigar la casa,

acompañado por una amiguita de su misma edad. ¿Por qué esa desagradable determinación? ¿Por qué meter a dos criaturas en ese sitio espantoso en lugar de recurrir por ejemplo a una docena de los hombres más fuertes del pueblo, armados con elementos adecuados? Y, sobre todo, ¿por qué de noche? ¿Qué le costaba al escritor, si de todas formas se trataba de un cuento, hacer que el niño fuera en compañía de toda su pandilla y durante una mañana luminosa y radiante?

Pero no.

El niño se llamaba Aldo Osvaldo Basualdo y era el hijo número 32 de una familia dedicada a la cría de codornices gigantes de Moldavia, cuyos huevos comercializaba con...

El escritor releyó el párrafo y decidió efectuar algunas correcciones:

Matías Elías Díaz llevaba por nombre el rapazuelo y era el hijo único de una familia que a la entrada del pueblo tenía una casa de ventas de anclas para embarcaciones de gran calado. Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera rozaba un riacho menor, la familia del pequeño Matías se encontraba sumida en la pobreza. Durante días los Díaz no probaban bocado y, mientras esperaban el día en que acertara a entrar al negocio alguien interesado en las anclas, entreteníanse escuchando el angustioso ruido de sus estómagos hambrientos...

Los lectores —pensó el escritor—, conmovidos por la penosa situación del niño protagonista y su familia,

no van a prestar atención suficiente a la extraña aventura en que se vio comprometido el muchacho. Decidió, entonces, cambiar algunos elementos de ese párrafo.

Como tratábase de un pueblo mediterráneo al cual ni siquiera le pasaba cerca un pequeño arroyito, el negocio de la familia Díaz gozaba de notable prosperidad. Dado que jamás se había visto por allí un barco, todo lo relacionado con la navegación era adorado por la gente de la zona. No había en varios kilómetros a la redonda quien no hubiera adquirido un ancla al padre de Matías (el viejo Matías Díaz) para luego colocarla amorosamente en medio del jardín o en un rincón del living.

El pequeño Matías iba a la escuela por la mañana. Al lector le interesará saber que en el momento de esta historia el niño terminaba de cursar el último grado de la primaria tras padecer por nueve meses a una maestra apodada «la Cocodrilo».

Por la tarde el niño ayudaba en el negocio de su padre: confeccionaba el listado de precios de las nuevas anclas, pintaba pizarras con la ofertas del día que luego colocaba en la puerta del establecimiento, o bien iba a cobrar las cuotas a los clientes que habían adquirido anclas mediante el ventajoso «plan de ahorro previo».

Fue precisamente en una de esas oportunidades en que andaba de cobranza en su bicicleta cuando avistó la «casa maldita». En ese momento no se animó a acercarse pero sí tomó la resolución de hacerlo al día siguiente acompañado por su fiel amiguita Irene René

Levene. Conocía perfectamente a Irene: aunque la idea la aterrorizaba, igual aceptaría acompañarlo con tal de no demostrar debilidad.

Al día siguiente, al atardecer, cuando Matías Elias Díaz terminó de ayudar a su padre, él y la amiga montaron en sus bicicletas rumbo a la «casa maldita».

Capítulo 2

Eran unas quince cuabras las que debían pedalear los niños, pero demoraron como si fueran ciento veintiocho. Quizá la carga les impidiera andar más ligero: llevaban fósforos, una gomera y una bolsa con piedras. O tal vez el indisimulable miedo tornara lento el pedaleo, aunque ellos se dieran ánimo diciendo que seguramente en la casa no habría nada.

Dejaron las bicicletas ocultas detrás de unos matorrales y subieron por una pequeña loma para desde allí observar la casa. Nada parecía moverse en ella y mucho menos los ventanales, que en realidad mantenían sus postigos cerrados. Solo la ventana de abajo estaba a medias abierta y hasta podía observarse el detalle de un vidrio roto (obra del viento, seguro).

Matías Elias Díaz miró esa ventana con detenimiento y apartó la vista ni bien pasó por su cabeza la idea de que, de haber alguien en la casa, seguro se asomaría por allí. Un rápido escalofrío recorrió su cuerpo y algo parecido debió ocurrir con Irene René Levene, porque esta de pronto se aferró al brazo de su compañero ejerciendo en él cierta temblorosa presión. El chico, para dar y darse

confianza, afirmó con despreocupado tono:

—Bah... es un caserón abandonado.

—Sí, sí, no debe haber nada adentro —contestó su amiga—. Lo mejor que podemos hacer es volvernos.

Matías Elias Díaz la retuvo de la manga obligándola a quedarse.

Caminaron agazapados hasta la casa, ocultándose de trecho en trecho detrás de las matas de yuyales o de los arbustos que rodeaban al caserón. No había nada que se moviera ni nada se escuchaba pero precisamente eso azoraba a los niños: la quietud, el silencio, daban la sensación de una vaga hostilidad, como si alguien se mantuviera al acecho, vigilara.

Era una casa de dos pisos que siempre debió tener ese aspecto de cripta, de helada bóveda de cementerio. Las hierbas brotaban entre quebraduras del piso y se adherían a las paredes confundándose con el musgo que trepaba hasta los ventanales. Nadie habría podido vivir allí.

A un costado había un aljibe, seco, como pudo comprobar Matías Elias Díaz al dejar caer por su oscura boca una piedra que tardó varios segundos en golpear el fondo. Luego los chicos avanzaron hacia la puerta de entrada, un ruidoso maderamen apolillado.

Fue necesario que ambos se miraran a los ojos para poder alargar los brazos y empujar la puerta.

El prolongado chirrido de las bisagras pareció, querido lector, el grito agónico de una bestia herida!

El chico apoyó su espalda en la puerta y gritó con toda su alma:

—¡Papá, necesito plata para comprarme una

revista!

—¡No ves que estoy trabajando! ¿Qué querés?

—Plata para una revista.

—¿Te creíste que soy millonario? Basta de comprar esas revistas de porquería; ¿por qué no escuchas el noticiero en la radio o te lustrás los zapatos? ¿No te parece más divertido?

—Una revista quiero.

—Está bien. Decile a tu madre que te dé plata y por favor no vuelvas a interrumpirme que tengo que terminar esto.

—¿Qué es? ¿Un cuento de miedo?

—Sí, de miedo. Y de ciencia-ficción. Transcurre en el año 1990, dentro de cuarenta años. Cuando termine te lo doy para que lo leas.

—¿En 1990? ¿Cómo vivirá la gente en ese año?

—En realidad son dos chicos que viven en esa época pero luego viajan en el tiempo y retroceden al 1950. Bueno, andá. Tengo que seguir escribiendo.

El chico salió de la habitación, haciendo chirriar nuevamente la puerta. El escritor pudo continuar.

Mientras se deslizaba hacia el interior, Matías Elías Díaz pensó que dentro de la casa, en la espesa negrura que lo recibía, habría seres horribles, espantosos monstruos aun peores que esas espeluznantes criaturas que veía en las revistas que jamás dejaba de comprarle su querido padre.

Una vez adentro, encendió un tembloroso fósforo que al iluminar hizo que las sombras se hamacaran como espectros.

Todo estaba cubierto de telarañas y espesas capas

de polvo. Era una habitación altísima unida a la parte superior por una escalera en la que faltaban varios peldaños. En el centro había una mesa medio destruida con seis sillas apolilladas, y al costado un gran baúl. En la pared más larga colgaba un enorme cuadro en el que aparecían retratadas tres personas y un perro: un hombre mayor, sentado en una de las sillas que estaban junto a la mesa, flanqueado por una mujer y un muchacho de unos veinte o veinticinco años, en cuyo rostro se combinaban la nariz ganchuda de la madre y las orejas de murciélago del padre. A los pies del hombre, un perro de hocico afilado y lengua jadeante.

Los cuatro tenían cierto diabólico brillo en la mirada, algo casi imperceptible al primer vistazo, que tras la observación minuciosa resultaba lo más llamativo del cuadro. Al contemplar la pintura con detenimiento parecía que en ella solo estuvieran esas cuatro miradas terribles.

Para contemplar el cuadro, Matías Elías Díaz dio una vuelta alrededor del baúl y luego se sentó sobre su tapa. Él y su amiga habían quedado como magnetizados por esas caras que contemplaron largamente. La mano del chico golpeaba nerviosa contra el lado izquierdo del baúl, mientras sus ojos permanecían fijos en los ojos del cuadro.

De pronto crujieron las maderas en el piso superior. Los niños se miraron y cada uno vio en el otro el reflejo del espanto. ¿Pasos? ¿Eran pasos? ¿De quién? Algo instintivo empujó a los niños a ocultarse:

Matías Elías Díaz levantó la tapa del baúl, se metió en él y esperó un interminable segundo que su amiguita se decidiera a imitarlo.

Los ruidos se repitieron. Matías trató de espiar a través de la cerradura del baúl, pero nada vio excepto una franjita de la pared opuesta, iluminada apenas por los últimos reflejos del atardecer que se metían por la puerta que habían dejado abierta.

Permanecieron más de media hora sentados dentro del baúl. Después los ruidos se escucharon más próximos y el niño pudo avistar desde su mirador que quien los producía era... ¡un enorme ratón! El animal estaba ahora sobre la mesa y al moverse rasguñaba la madera limpiando de polvo la tabla.

—Bah, era eso —exclamó Matías, mientras se incorporaba levantando la tapa del baúl.

En ese instante sucedió algo rarísimo. Los dos sintieron que eran arrastrados por una extraña fuerza. Aunque esa sensación duró apenas un segundo (como si durante ese tiempo hubieran estado en medio de un invisible remolino), cuando se recobraron apenas tuvieron una fracción de tiempo para mirar alrededor y salir corriendo.

Al llegar hasta el lugar donde habían dejado las bicicletas vieron con horror que ambas habían desaparecido. Corrieron hacia el camino y no pararon hasta diez minutos después.

—¿Viste? ¡No estaba el baúl! Cuando pasó «eso», desapareció el baúl.

—¡Sí! Y me parece que los muebles no estaban en el mismo lugar.

—¡Y el cuadro! Ese cuadro horrible también desapareció.

—Vamos, sigamos corriendo.

Continuaron a la carrera en dirección al pueblo, tropezando a cada momento en medio de la amenazante oscuridad.

Capítulo 3

Ya habían recorrido algunas cuadras por la calle de entrada al pueblo cuando advirtieron que también allí ocurrían cosas raras: ilas casas, las calles, todo se había transformado!

Algunas casas que ambos recordaban perfectamente hasta en sus detalles, ya no estaban y en su lugar había terrenos baldíos o potreros; otras, como la vieja casona de la panadería, que ocupaba toda una esquina hasta la mitad de cuadra, había cobrado un increíble aspecto de recién construida; donde siempre estuvo la plaza del centro, ahora había un terreno descuidado en el que pastaban tranquilamente varias ovejas. También la iglesia parecía nueva pero no así la comisaría, en reemplazo de la cual había un corral rodeado de pastizales.

Los niños no dejaban de asombrarse ante cada nuevo descubrimiento de ese insólito cambio y por un instante hasta dudaron de encontrarse en el mismo pueblo donde habían vivido siempre y de donde habían salido un rato antes. Un rato antes... ¡pero si cuando salieron era casi de noche y ahora era de madrugada...!

—Matías Elías.

—¿Qué?

—Estoy asustada.

—Yo también.

—Quiero irme a mi casa. Acompáñame.

—¿A tu casa? Bueno, espero que aún existan nuestras casas.

Recorrieron las tres cuadras hasta la casa de Irene René mirando constantemente hacia uno y otro lado, encontrando a cada momento nuevos detalles de esa asombrosa transformación.

Tan cambiado estaba el pueblo, que no se animaron a entrar a la casa de Irene cuando llegaron a ella. Es que el viejo chalet de los Levene parecía haber rejuvenecido y hasta le faltaban algunos arreglos y agregados que le había hecho el padre de Irene el año anterior.

Los niños se quedaron ante la puerta, indecisos, tratando de animarse a entrar de una buena vez. De pronto la puerta se abrió y salió a la vereda una mujer de unos treinta años, vestida con una larga pollera y luciendo un ridículo rodete en la nuca.

—¿Quién es? —preguntó Matías Elías a Irene René, pero mientras lo estaba diciendo le pareció reconocer a la mujer—. ¿No es tu abuela?

—¿Estás loco? No sé quién es. Además mi abuela tiene como setenta años. ¿Qué hace esa mujer en mi casa?

—Buenos días, chicos —dijo sonriente la mujer, mientras comenzaba a barrer la vereda.

—Buen día —contestó Matías Elías Díaz—. Dígame una cosa, señora, ¿la familia Levene vive aquí?

—Yo soy la señora de Levene. ¿Qué necesitan?

—No, nada. Es decir, sí: buscamos a Irene René Levene.

—¿Irene René Levene? Aquí no vive nadie con ese nombre. ¿Ustedes de dónde son?

—De un pueblo cercano. Nos dijeron que la chica que buscamos vive acá. Tiene doce años.

—Qué raro. Yo tengo una hija, pero es más pequeña. Tiene ocho años.

—¿Y cómo se llama? —se apuró a preguntar Irene, nerviosísima.

En lugar de responder, la mujer se asomó al interior de la casa y gritó: ¡Egle Hebe! ¡Ven!

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —exclamó Irene René.

—¿Qué «no puede ser»? —quiso saber Matías Elias.

—No puede ser —repitió su amiga.

—Esta es mi hijita —dijo la mujer, acariciándole la cabeza a la nena que acababa de salir.

Irene René se llevó las manos a la cara y un segundo después corrió al encuentro de la niñita, mientras gritaba:

—¡Mamá, mamá!

Se abrazó a la pequeña que, próxima a llorar, miraba la expresión sorprendida de su madre.

—¡Qué broma es esta! ¿Están locos?

Matías Elias tomó a Irene del brazo y la sacó de allí.

—Era mi mamá, era mi mamá —repetía Irene René—. Y la otra es mi abuela con muchos años

menos, ¿te das cuenta?

—Sí, sí. No sé qué ha ocurrido. Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer?

Capítulo 4

Al mediodía los chicos ya habían recorrido el pueblo en distintas direcciones y tenían una idea precisa de la fecha en que se encontraban: 19 de noviembre de 1950. Por alguna razón, imposible de comprender, habían retrocedido cuarenta años.

El apetito los hizo entrar a un almacén situado donde el día anterior (es decir, en 1990) había una estación de servicio. Afuera había una flamante camioneta antigua y, atados a un palenque, varios caballos que seguían con cierta indiferencia el partido de bochas que se jugaba al costado del negocio. Adentro, un grupo de parroquianos bebía ginebra junto al mostrador y otros jugaban al truco en las mesas.

—¿De dónde son, chicos? —preguntó el hombre que se acercó a la mesa a la que se sentaron Irene René y Matías Elías. El hombre parecía divertido por la vestimenta de los niños y por el hecho de que entraran a ese lugar.

—¿Qué se van a servir? —preguntó socarrón—, ¿una ginebra? —y festejó su chiste con una amplia carcajada a través de la cual fue posible saber que le faltaban dos incisivos, un canino, tres premolares y dos molares, entre ellos una de las llamadas «muelas de juicio».

—De... de Buenos Aires —contestó Matías Elías y se apresuró a contar que se hallaban de visita en un campo cercano. Antes de que el hombre insistiera con otra pregunta, le pidió dos sándwiches de mortadela de los que se exhibían en el mostrador y dos cocas.

Devoraron la comida sin intercambiar un solo comentario y mirando con temor a los hombres que se encontraban allí. De pronto, y con la boca llena, Matías gritó algo así como:

—¡Mi abrueglo... mi abuelo!

Todo el mundo giró la cabeza para ver a la persona que señalaba con tanta desesperación: un muchachito de unos veinte años delgadísimo y larguirucho, que tenía un abultado mechón blanco en el flequillo de su oscura cabellera.

Tras un momento de incertidumbre, todos los curiosos dejaron escuchar sonoras carcajadas y el muchachito miró a Matías Elías con notorios deseos de desparramarlo a alpargatazos.

—Es cierto, es cierto —insistió Matías ante su amiga, permitiendo que cayera sobre la mesa la mitad de lo que un segundo antes su boca masticaba sin piedad—. Te digo que es mi abuelo. Y no solo por el mechón blanco: en casa hay una foto de cuando él tenía esa edad y te juro que hasta está con la misma ropa.

—Así que es tu abuelo —se burló uno de lo que estaban en el mostrador—. Hoy pasan las cosas más raras —agregó mirando a un grupo de ancianos sentados en la mesa contigua a la de los chicos. Parecían estar contando algo muy importante porque

tenían todo un auditorio inclinado sobre ellos, escuchando atentamente.

Con el correr de los minutos el interés por los chicos pareció decrecer y estos pudieron comer tranquilos. Matías consiguió olvidar la inquietante presencia de su (ahora) joven abuelo, aunque muy pronto su atención fue atraída por un nuevo misterio: la conversación de los tres ancianos de la mesa de al lado.

«Era el hijo de los Vanderruil, lo vi con mis propios ojos. Y con él iba el perro que siempre andaba a su lado», escuchó Matías que decía el más pequeñín de los viejos.

«Pero si murieron todos hace más de diez años», lo interrumpió uno de los hombres que estaban de pie. «Es que, son fantasmas, ánimas... no sé. Claro que han muerto, pero ahora regresaron y se pasean alrededor de la casa», explicó el anciano más alto.

Los tres siguieron dando detalles sobre la aparición de la que habían sido testigos. La expresión de quienes los escuchaban era de espanto: permanecían agarrados al respaldo de las sillas con la vista fija en la boca del último de los viejos que había hablado.

Poco después los ancianos se retiraron. Marchando en fila, formaban un trío de lo más cómico si no fuera porque habían dejado a todo el mundo congelado de miedo: uno era bajito y altanero; el segundo era fino y alto como una palmera y al caminar se doblaba hacia adelante como próximo a quebrarse; el restante era una enorme panza sobre la que se bamboleaba

una pequeña esfera, la cabeza, roja y agitada como un globito a punto de estallar.

Matías Elías Díaz llamó al hombre que atendía y pagó lo consumido. Tan asustados estaban todos que ni los chicos ni el hombre repararon en que el pago se estaba haciendo con billetes que recién servirían cuarenta años después.

Irene René y Matías Elías habían decidido seguir a los ancianos.

Capítulo 5

En lugar de tomar por el camino principal, que era también el de entrada al pueblo, los ancianos dieron un complicado rodeo para por fin detenerse en el cruce de dos caminos. Allí se quedaron sentados en el borde de la banquina y fumaron gruesos habanos. Los chicos, que no les habían perdido pisada pese a la precaución de marchar a más de cien metros de ellos, se metieron en un campo de maíz y cautelosamente se acercaron por detrás.

Ocultos en el maizal pudieron avanzar hasta quedar a metros de ellos.

Por lo que podían entender de la conversación que mantenían, los ancianos esperaban a alguien que debía entregarles algo en ese lugar. Cada tanto el regordete sacaba un reloj de un bolsillito del pantalón y, agitado, decía: «Ya debiera estar aquí» o «este hombre se ha retrasado». Luego el más alto comenzó a reírse a carcajadas hasta que le dio un ataque de tos.

Cuando se calmó recordó detalladamente todo lo

que les habían contado a los parroquianos del almacén. Los tres se divertían burlándose de los crédulos hombres a quienes habían asustado.

Varias veces repitieron las mismas observaciones, riendo exageradamente cada vez. Pero en determinado momento se pusieron más serios y el pequeñín sentenció:

—De esa manera no se acercarán a la casa.

—Claro —dijo el gordo.

Luego se quedaron en silencio, mirando insistentemente hacia el Norte hasta que el más alto gritó:

—¡Viene!

—¡Sí, puedo ver la camioneta que lo trae!

Mucha vista no debía tener porque la camioneta era en realidad un carro y ya se encontraba a unos veinte metros.

Desde el pescante, el hombre que sostenía las riendas preguntó a gritos:

—¿Ustedes son los señores —tomó un papel y deletreó— Benedicto Benedetti, Alvaro Álvarez y Pedro Pedraza?

—Sí —fueron contestando por turno los tres, sin quitar los ojos del bulto que estaba en la parte trasera del carro.

Desde su escondite los chicos se estiraron para ver de qué se trataba.

—Bueno, me tienen que firmar acá —dijo el hombre, alcanzándoles el papel—. Ya mismo les bajo la carga.

—Con cuidado, por favor.

—También hay una carta para ustedes. Tomen.

Los ancianos insistieron en el pedido de que cuidara la carga y el hombre los miró sin disimular su fastidio. Cuando la depositó en el suelo, los niños se enteraron de qué se trataba:

—¡El baúl! —casi gritaron a la vez, reconociendo al baúl de la casa maldita en el que habían estado ocultos y que luego había desaparecido.

—¿Será el mismo? —se preguntó en voz alta Matías Elías Díaz.

—Tiene que ser —constestole Irene René Levene.

—Aunque... acordate que el otro tenía una raya.

—Una raya en la tapa, sí. No, este no la tiene.

En ese momento el hombre se despedía de los ancianos pero estos lo detuvieron para darle una propina. El hombre se estiró para recoger el dinero y al cambiar de posición resbaló, cayendo con un pie sobre el baúl.

—¡Bestia! —rugió el chiquitín.

—Le ha hecho una raya en la tapa. Con el taco de la bota lo ha rayado —se lamentó el altísimo.

—Bueno, no por eso va a dejar de funcionar —jadeando, los calmó el gordo.

El hombre subió al carro, hizo que los caballos dieran vuelta y se marchó por donde había llegado, no sin antes mirar a los viejos con una mezcla de extrañeza y antipatía.

Dos de los ancianos asieron el baúl por sus manijas laterales y caminaron despacio. Tomaban precauciones extremas: el tercero marchaba adelante

y les avisaba de cada pocito que había en el camino o cada rama que sobresalía de los árboles.

—Sigámoslos —propuso Matías Elías Díaz, ayudando a su amiga a incorporarse—. Algo raro pasa con ese baúl.

El baúl debía pesarles bastante a los viejos porque cada tanto se detenían a descansar y se frotaban las manos. En cada parada miraban cuidadosamente hacia todos lados, como temiendo que alguien los viera. El camino que habían elegido era un sendero abierto en el campo, seguramente por ellos mismos, para evitar cruzarse con cualquier curioso. Los chicos se mantenían a cierta distancia y se ocultaban cuando las tres siluetas oscuras recortadas sobre el cielo azulado parecían dispuestas a detenerse.

Recién cuando estuvieron a unos cincuenta metros de la casa los chicos supieron hacia dónde se dirigían los viejos: a la casona de los Vanderruil.

—¡Otra vez ese lugar horrible! —exclamó Irene René Levene, atemorizada.

Capítulo 6

A través de la ventana que los ancianos habían dejado entornada, los chicos pudieron escuchar y ver cuanto hacían. Los tres estaban sentados alrededor de la mesa y uno de ellos, el más alto, tenía entre sus manos tembleques el sobre que le había traído el hombre del carro.

Con nerviosismo el de cabeza puntiaguda abrió el sobre y desplegó la carta sobre la mesa. Leyó:

Queridos primos:

Para cuando lean estas líneas estaré viviendo en el año 1492. No desconocen ustedes cuánto me apasiona el viaje de Cristóbal Colón a América y cuánto tiempo he dedicado a estudiar esa parte de la Historia Universal. Les estoy contando esto segundos antes de meterme en el baúl para realizar el viaje tan esperado.

Ya tengo todo dispuesto para que alguien envíe el baúl a la dirección que ustedes me indicaron. Espero que puedan hacer uso de él sin pérdida de tiempo.

En la carta anterior les expliqué ciertos detalles del funcionamiento de este prodigio, pero igualmente quiero insistir en las instrucciones para que no cometan ninguna equivocación, ya que de ser así ello traería para ustedes consecuencias fatales.

Bien. En primer lugar hay que dar una vuelta alrededor del baúl. Si se quiere viajar al futuro, la vuelta debe ser en el sentido de las agujas del reloj; si el deseo es trasladarse al pasado, la vuelta será en sentido contrario.

Seguidamente hay que sentarse sobre la tapa, mirando hacia la pared más cercana y manteniendo la espalda recta y la vista a media altura. En esa misma posición habrá que golpear con la mano izquierda en el lado izquierdo del baúl, dando pequeños y continuos golpecitos.

—¡Fue lo que hicimos nosotros! —exclamó Matías Elías Díaz.

—¡Callate! —lo retó su amiga—. Sí, es lo que de casualidad hicimos nosotros.

Hecho esto, que es algo así como la puesta en marcha del baúl, hay que meterse dentro del mismo. Es muy importante la cantidad de tiempo que permanezcan en su interior. La cifra de años que viajarán será igual a la cantidad de minutos que estén allí dentro. Vale decir, si quieren retroceder 60 años, deberán dar una vuelta alrededor del baúl en sentido inverso a las agujas del reloj y luego mantenerse adentro una hora. Piensen que un error de un minuto los hará aparecer un año antes o uno después del momento que eligieron.

Otro punto importante es seleccionar a qué lugar se viaja.

Si se fijan bien, en el piso del baúl hay un mapa de todo el mundo. Para elegir el lugar hay que presionar con el dedo índice el país al que se quiera viajar. Si no lo hacen, se trasladarán en el tiempo pero aparecerán en el mismo sitio de donde partieron...

—Es lo que nos pasó a nosotros —comentó exaltada Irene René.

—¡Calláte! ¿Querés que nos descubran? —la retó su amigo—. Sí, viajamos sin elegir hacia qué lugar. Menos mal.

—Yo al mapa no lo vi.

Eso es todo, primos queridos. Espero que hayan comprendido bien las instrucciones que, de todos modos, no son nada complicadas.

Por último les recomiendo que oculten el baúl en un lugar adecuado para que no quede a merced de cualquier inescrupuloso. La idea que me contaron en la carta —la de dejarlo en una casa abandonada y

hacer correr la versión de que allí hay fantasmas y muertos que reviven— me parece la más apropiada.

De todas formas es imposible que alguien que desconozca la forma de uso pueda hacer algo con él. Sería una increíble casualidad o el fruto de una mente prodigiosa...

—¡Nosotros! —exclamaron Irene René Levene y Matías Ellas Díaz.

... en fin, para quien no sepa su secreto este baúl simplemente le servirá para guardar ropa y trastos viejos.

Esta carta, naturalmente, deben destruirla antes de viajar en el baúl.

Bueno, llegó el momento de la despedida. Les deseo un feliz viaje adonde quiera que elijan hacerlo y en la época que prefieran. A modo de recomendación les digo que, por estudios que he hecho, no son recomendables el Imperio Romano (se vive de guerra en guerra) ni Egipto en la época de los Faraones (el calor es insoportable y te hacen acarrear piedras).

Adiós queridísimos primos.

El primo Saúl Abdul Majul.

Al terminar con la lectura de la carta, los ancianos casi lloraron de emoción.

—Hace tres meses que escribió esta carta —dijo el larguirucho.

—Ya debe haber conocido a Cristóbal Colón. Capaz que está navegando en una de las carabelas.

Enseguida se repusieron y, prestos a viajar, releieron las instrucciones. Al parecer no partirían juntos, porque en cierto momento se abrazaron y, con

lágrimas en los ojos, se despidieron del chiquitín. Este, mientras daba vuelta alrededor del baúl (casi marcando los pasos) explicó su destino:

—Quiero viajar a mi infancia, a la época en que era chico. España, 1895, muchachos —completó, sentándose sobre la tapa. Golpeó varias veces el costado del baúl y escuchó las recomendaciones de sus amigos:

—Mirá bien el mapa, no te vayas a equivocar. Fijáte dónde ponés el dedo...

—Adiós... queridos —dijo emocionado el anciano y se sentó en el baúl, presionando con el dedo pulgar sobre España. Avísenme en cincuenta y cinco minutos.

—Quedate tranquilo, Alvaro Alvarez —le dijeron—. Adiós...

El gordo miró atentamente el reloj y le dijo que cerrara la tapa.

Capítulo 7

Los chicos siguieron mirando por la ventana, memorizando cada uno de los pasos necesarios para viajar en el tiempo.

—¿Y ahora, cuando levante la tapa del baúl? —preguntó nervioso el anciano gordo que, como fue descripto al principio, era «una enorme panza sobre la que se bamboleaba una pequeña bolita, la cabeza, roja y agitada como un globito a punto de estallar».

—Cuando levante la tapa aparecerá en España, en su pueblo, con su familia, y ni rastros habrá para él de este baúl, esta habitación y de nosotros mismos —le

contestó el otro que era «fino y alto como una palmera y al caminar (en este momento estaba sentado) se doblaba hacia adelante como próximo a quebrarse».

Controlando a cada instante el reloj y comentando nerviosos detalles del mecanismo del baúl, los dos ancianos esperaron a que transcurrieran los cincuenta y cinco minutos. Golpearon entonces la tapa del baúl, avisándole al de adentro que ya podía salir. Llegó el momento de levantar la tapa y ninguno quería hacerlo.

Por último se decidió el alto, aunque ayudándose con un palo de escoba.

—¿Álvaro... estás ahí? —preguntaron vacilantes. Como el amigo no contestaba por fin se asomaron: el baúl estaba vacío.

—¡Increíble, fantástico! —comentaron.

A continuación se introdujo el alto, cuya intención era viajar al futuro.

—Quiero conocer el año 2000. ¿Te imaginás, Pedro Pedraza? Seguro que habrá de todo: adelantos científicos, máquinas increíbles, queseyó...

—Claro, de todo.

—Y cepillos de diente automáticos, y zapatos que te lleven a toda velocidad sin que hagas el menor esfuerzo, y aparatos que hagan sonar tan fuerte tu voz como para que puedas charlar con otra persona de otro continente... —luego se quedó detenido un segundo, pensando, y luego agregó— y aparatos para no aturdirse cuando otro esté comunicado con el

extranjero.

—Bueno, dale, cerrá la tapa —lo apuró el gordo.

—Oh, sí claro. Controlá que pasen los minutos justos como para aparecer en el año 2000. Adiós, gordo querido, hermano...

—Chau.

El gordo se quedó pensativo, vigilando cada tanto la marcha del reloj. Cuando habían pasado unos quince minutos paseó un poco por la habitación (los chicos debieron tirarse al suelo para no ser vistos) y luego subió trabajosamente las escaleras hasta el segundo piso.

Poco después regresó con un cuadro entre sus manos: el retrato de la familia Vanderruil.

—¡Qué caras tienen! —comentó el anciano en voz alta—. Si alguien entrara, al ver este cuadro escaparía corriendo.

Luego inspeccionó la pared, descolgó un pequeño platito y en su lugar, aprovechando el clavo, colgó el cuadro.

Nuevamente se sentó y aguardó a que transcurrieran los minutos acordados con su amigo.

A medida que se acercaba ese instante crucial parecía impacientarse. Finalmente se quedó mirando el reloj y de pronto se incorporó y golpeó la tapa del baúl con la punta de los dedos. Luego, levantó temeroso la tapa pero antes de llegar a ver hacia el interior tiró de ella hacia atrás y se apartó saltando a dos o tres metros.

Los chicos rieron. El gordo se quedó detenido en medio de la habitación varios minutos, hasta que se

limpió el sudor de la frente y dijo:

—Dios mío, no me animo, no me animo.

En determinado momento salió disparado de la casa. Pasó casi rozando a los chicos pero tal era su nerviosismo que no llegó a verlos.

Lo vieron alejarse con sus trancos cortitos y precipitados y la cabeza gacha, como con vergüenza.

Matías Elias e Irene René lo miraron apenados.

—No perdamos tiempo, vamos a meternos nosotros —dijo enseguida Matías.

—Sí, vamos... ¡Un momento! —lo detuvo la chica, alarmada—. ¡No tenemos reloj!

—¿Cómo diablos vamos a conseguir un reloj? No podemos meternos ahí sin controlar perfectamente los minutos.

—No sé. Lo mejor es que vayamos al pueblo. Algo se nos va a ocurrir, alguien nos va a prestar un reloj.

Caminaron y por momentos corrieron, sin dejar de hablar a gritos sobre la aventura en que se habían metido.

—De todas formas tuvimos suerte —dijo Matías Elias Díaz.

—¿Con qué?

—Con haber retrocedido en el tiempo justo hasta la época en que los viejos recibieron el baúl. Si no, no tendríamos ninguna posibilidad de regresar a nuestro tiempo.

Por fin, cruzaron la entrada al pueblo.

—¿A quién le vamos a pedir un reloj, si no conocemos a nadie?

—No sé, busquemos.

—¡Allá! ¡Aquel chico! —gritó Irene René, exaltada, señalando a un chico que iba caminando, abstraído en la lectura de una revista.

—¿Y qué le decimos? ¿Cómo hacemos para que nos acompañe hasta la casa y se quede controlando el reloj? —se preguntó Matías Elías.

—Ya sé: le decimos que tenemos que hacer un experimento.

Capítulo 8

—¿Y ése es el experimento? ¿Meterse adentro del baúl? —protestó el chico—. ¿Y sentarse en una silla también lo consideran «experimento»?

—Es que para nosotros es muy importante —le explicó por décima vez Matías, mientras emprendían el camino hacia la casa maldita.

—¿Cómo es tu nombre?

—Liborio Riobos. Mi papá es escritor.

Cuando llegaron a la casa, Liborio se demoró en mirar los alrededores como si temiera entrar. Matías Elías e Irene René debieron insistir para que se animara a hacerlo.

Una vez adentro, los chicos pudieron llevar a cabo los distintos pasos que exigían las instrucciones: dar una vuelta alrededor del baúl en el sentido de las agujas del reloj (hacia el futuro), sentarse sobre la tapa, golpear el costado izquierdo, meterse adentro y esperar sentados a que transcurrieran cuarenta minutos (Liborio debía controlar el tiempo).

Por las dudas, también indicaron con el dedo el lugar del mapa adonde querían viajar. El pueblito

naturalmente no figuraba en un mapa de todo el mundo, pero Matías sabía en qué punto de la provincia de Buenos Aires se encontraba.

Liborio permaneció sentado en el suelo al lado del baúl, mirando la siniestra habitación donde se encontraba.

Habrían transcurrido unos veinte minutos cuando Liborio Riobos comenzó a impacientarse.

—¡Eh! ¿Todavía están ahí?

—¡Sí! ¡Callate y controlá bien el reloj! —le exigió Matías, furioso desde adentro del baúl.

—¿Qué hacen?

—¡Nada, qué vamos a hacer!

—¿Puedo meterme? —preguntó el chico y se incorporó iniciando el gesto de levantar la tapa.

—¡No, idiota! —gritó desesperado Matías, que por las dudas vigilaba a través del agujerito de la cerradura del baúl.

Liborio volvió a sentarse y miró la hora. Recordó que su reloj no andaba muy bien pero inmediatamente pensó que si llegaba a contárselo a esos dos, pondrían el grito en el cielo. Mejor no decirles nada y cuando transcurrieran más o menos los minutos que faltaban les golpeaba la tapa como le habían pedido y listo. En realidad podría avisarles ya mismo, pensó, porque ese caserón horrible era inaguantable.

Pero no, ya que habían insistido tanto, esperaría un ratito más. Mientras, se puso a hojear la revista que había comprado antes de toparse con esos dos

pesados. Empezó a hojear las historietas y le dieron ganas de leerlas ya mismo.

—

Ma'

sí, yo les toco la tapa del baúl —resolvió, y efectivamente golpeó tres veces la tapa.

—Bueno, listo —les dijo—. ¿Y ahora qué?

Como no obtuvo respuesta, esperó unos segundos y volvió a llamarlos. Tampoco le contestaron.

Con todo cuidado levantó la tapa y con sorpresa vio que adentro no había nada. Pensó que los chicos lo habrían engañado y que el baúl debía tener un fondo secreto. Pero luego lo inspeccionó minuciosamente y comprobó que no había nada de eso.

—Ah... ya sé: se volvieron invisibles —resolvió—. ¡Yo también quiero ser invisible! ¿Cómo fue que hicieron? Primero, dieron una vuelta, después se sentaron en la tapa y pegaron acá... después...

Capítulo 9

Ni bien escucharon el último de los tres golpecitos con que Liborio les había avisado que ya era el momento, Matías Elias Díaz e Irene René Levene levantaron la tapa del baúl y al instante sintieron algo extrañísimo: que eran transportados a una velocidad superlativa.

Medio aturdida, Irene escuchó gritar a Matías:

—¡Maldición! Ese idiota midió mal los minutos...

—¿Cómo ha dicho, alumno Díaz? —interrogó la Cocodrilo.

—¡No! ¡Me quiero morir! —exclamó Irene René

Levene.

—¿Y a usted qué le sucede, Levene?

¡Estaban en 1989, a comienzos de las clases! ¡Un año antes! Tendrían que soportar a la Cocodrilo otra vez, de nuevo el mismo año, enterito. Otra vez sus chillidos ensordecedores, sus tirones de oreja, sus interminables lecturas en voz alta al lado de la ventana, lanzando microscópicas gotitas de saliva hasta la cuarta fila...

Pero los dos amiguitos casi no tuvieron tiempo de pensar en esas desgracias. Enseguida ocurrió otra cosa rara: en el frente del aula apareció Liborio Riobos, el chico del reloj.

—¿De dónde salió este señor? ¿Qué hace aquí adentro sin guardapolvo? —preguntó la Cocodrilo con su vocecita de flautín, dejando sus fauces amenazadoramente abiertas.

El chico miraba a un lado y a otro con ojos aterrorizados sin atinar a contestar ninguna de las preguntas que le disparaba la maestra.

—¡Es el chico del reloj! —le susurró Irene René Levene a Matías Elías Díaz—. Hacé algo, tarado, ¡sacalo de acá!

Vacilante, Matías consiguió decir:

—Es mi primo. Seguro que viene a buscarme. —Y sin hacer caso a los gritos de la maestra tomó a Liborio del brazo y lo sacó afuera. Irene fue tras ellos.

—¿Adónde cree que va, señorita?

—¡También es mi primo!

Arrastraron al chico hasta el patio y allí lo

interrogaron.

—Cuando abrí el baúl y vi que no estaban pensé que se habían hecho invisibles —explicó Liborio Riobos, agitando la revista que aún mantenía en su mano—. Así que hice las mismas cosas que ustedes: me metí adentro y dejé que pasaran cuarenta minutos.

—¡Treinta y nueve, querrás decir!

—Cuarenta.

—Treinta y nueve, nos hiciste volver al año 1989. Por tu culpa vamos a tener qué hacer de nuevo sexto grado —protestó Matías.

—¿Cómo? ¿Qué es eso de 1989...?

—No, nada, no le hagas caso —trató de tranquilizarlo Irene.

—¿Pero... dónde estoy?

—Bueno, es largo de explicar. No te preocupés, nosotros te vamos a ayudar. Espéranos en la vereda que ya falta poco para la salida. No hables con nadie.

Liborio Riobos salió a la calle y se sentó en los escalones de la entrada a esperar a sus amigos. Aburrido, caminó luego hasta la esquina. Vio pasar el coche más maravilloso que pudiera él imaginar pero eso no fue nada comparado con lo que había en la vidriera de un negocio: una caja de madera, como una gran radio en la que se veían imágenes en colores. ¡Un verdadero cinematógrafo en miniatura! ¡Y en colores!

RICARDO MARIÑO (4 de agosto de 1956 Chivilcoy, Provincia de Buenos Aires). Es escritor y periodista y también autor de numerosos libros para niños y adolescentes. Colabora con distintos medios periodísticos. Entre sus títulos figuran

La casa maldita

El insoportable

Botella al mar

El hijo del superhéroe

Cuentos ridículos

Lo único del mundo

Ojos amarillos

Roco y sus hermanas

y

Perdido en la selva

Entre otras distinciones, ha merecido el premio Casa de las Américas, varias recomendaciones de IBBY (International Board of Books for Young People) y, en dos oportunidades (1994 y 2004), el Premio Konex a la trayectoria.

